

Homenaje a don Francisco Antonio Encina

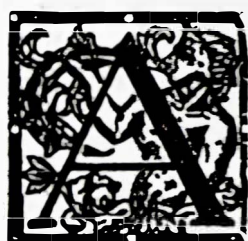
EL día jueves 14 de agosto se llevó a efecto en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción, el acto solemne destinado a entregar la medalla de oro y un hermoso diploma recordatorio de esta distinción, que dicho Instituto de Cultura acordó al eminente historiador don Francisco A. Encina con motivo de haber dado cima a la ingente tarea de escribir los veinte tomos de su "Historia de Chile". La historia del señor Encina abarca desde los orígenes de nuestra nacionalidad hasta el período del Presidente Balmaceda y ha sido totalmente publicada por la Editorial Nascimento.

El Salón de Honor de la Universidad presentaba un imponente aspecto. Cuanto tiene de más selecto la sociedad de Concepción, se dió cita esa tarde para darle inusitado brillo a la velada que adquirió todo el relieve emocionante, en que se revela el espíritu de un pueblo, cuando el Secretario General, don Avelino León Hurtado se puso de pie para prender la medalla de oro (magnífica obra de arte con el escudo universitario) en el pecho del ilustre historiador. El señor Encina visiblemente conmovido, saludó al pueblo penquista que le honraba con tan alto y comprensivo homenaje.

Explicó la proyección y significado de su obra y terminó rindiendo a su vez el tributo de su gratitud al Consejo y Directorio de la Universidad y a su ilustre Rector señor don Enrique Molina, que se vió privado de concurrir al acto, por hallarse indispuerto, y cuya personalidad intelectual don Francisco destacó como una de las más altas de América.

Los decanos de la Facultad de Odontología y de Ciencias Jurídicas, señores René Louvel y Rolando Merino, en magníficos discursos de meduloso contenido, en que revelaron un cabal conocimiento de la obra y una certera apreciación de sus características más significativas, trazaron ante la concurrencia el panorama humano y espiritual, de la historia de Chile, que en manos de Encina se vitaliza y remoja, como si los hombres y el escenario del pasado adquirieran prodigiosa animación. En las páginas de "Atenea", que siguen, damos el texto íntegro de estos discursos.

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD DE ODONTOLOGIA DOCTOR RENE LOUVEL BERT



TENTA nuestra Universidad a las multiformes manifestaciones del espíritu que se desarrollan en los diversos campos de las actividades intelectuales de nuestro país, quiere poner su nota de color, de estímulo y de distinción, a toda muestra de valor efectivo en este aspecto; es así como, desde hace varios años, mantiene los premios literario y científico "Atenea", premios, que, si bien es cierto, no por el valor material que en sí representan, sino por el fondo de estímulo y de emulación que encierran, hace que sean, entre los escritores y los científicos del país, muy apreciados y muy respetados por la opinión culta de Chile.

Ahora, nuestra casa de estudios, ha querido, siguiendo su política enmarcada dentro de su lema "Por el desarrollo libre del espíritu", ante la obra seria, documentada y de un inestimable valor, no diré premiar a su distinguido autor, sino, reconocer públicamente su trabajo concienzudo, meditado y de grande envergadura, el que asume los caracteres de una empresa gigantesca en el dominio de nuestra historia patria. Esta es la razón, señoras y señores, por la que en esta tarde académica, nos hemos reunido para acompañar a don Francisco Antonio Encina Armanet, quien, desde su retiro, ha querido venir hasta nosotros, para recibir de manos de nuestro Rector don Enrique Molina Garmendia, representado por el señor

Secretario General don Avelino León, la distinción de que se le ha hecho objeto por su gran contribución al estudio histórico nacional.

Nuestra Universidad, en sus 32 años de existencia, después de haber nacido en cuna humilde, por el trabajo y el tesón de hombres visionarios y admirables, que la forjaron de la nada —sólo por su entusiasmo y su acción— se ha ido poco a poco incrustando en la vida cultural de la patria y, desde su iniciación en 1919 a la fecha, ha seguido en todo instante, con mirada escrutadora, la trayectoria artística, científica, humanista, histórica, filosófica y cultural de Chile.

Como decíamos antes, para celebrar las obras literarias y científicas, anualmente distribuye el premio "Atenea", pero, en esta ocasión, el honorable Consejo y el H. Directorio, no podían ver con indiferencia, sino con admiración y entusiasmo, aplauso y beneplácito, la obra enjundiosa, sabrosa de documentación y anecdótico, henchida de relatos sobrios y agradables al lector, profunda en su sentido filosófico y plena de deducciones personales de un gran valor en la relación del devenir histórico del país de don Francisco Antonio Encina, y es este evento en nuestras letras históricas nacionales, el que celebramos alborozados hoy.

Don Francisco Antonio Encina Armanet, nuestro ilustre invitado de hoy, abogado distinguido e historiador de fuste, nace en la ciudad de Talca, el 10 de septiembre de 1874; fueron sus padres don Pacífico Encina y doña Justina Armanet.

Sus estudios humanísticos los hace en su ciudad natal, en el Liceo de Talca, bajo la dirección de su tío don Alfredo Armanet, Rector del establecimiento; obtiene su título de bachiller en humanidades en la capital, y abraza la carrera de Derecho, en la Universidad de Chile, hasta graduarse de abogado el 27 de febrero de 1896.

Durante un corto espacio de tiempo ejerce su profesión, para en seguida, queriendo dar otros horizontes a sus múltiples inquietudes de hombre de estudio y a la busca de nuevas ideas y con una

ambición desmedida de perfeccionamiento, se dedica a los estudios científicos y sociológicos, poniendo lo mejor de su vida en estas disciplinas, encerrado en la paz de su biblioteca, buscando y hurgando viejos documentos y papeles ennegrecidos por los años, pasa mucho tiempo a fin de perfeccionar, en forma seria, su alta cultura humanística e histórica, de renombre internacional.

Reparte su acción también entre sus actividades comerciales e industriales, pero, preferentemente es el estudio de los grandes problemas a que está enfocado, el que absorbe la mayor parte de su tiempo, haciendo, en esta forma, gravitar su vida en el silencio, la meditación y el estudio.

No debemos olvidar que ha sido obra suya la "Ley de Vales del Tesoro", y así, durante su vida de estudioso dicta numerosas y enjundiosas conferencias sobre diferentes tópicos de sus predilecciones; sociología, ciencias económicas, política e historia.

Publicista de nota, los diarios y revistas del país reproducen sus innumerables artículos sobre sus teorías económicas y, en más de una ocasión, dan lugar a interesantes polémicas, en las que su pluma fina y documentada tiene que refutar, ampliar o discutir, con adversarios de valer, sus teorías y sus ideas, lo que contribuye a hacer aún más interesantes sus escritos.

Entre sus primeros trabajos recordaremos los titulados: "Nuestra Inferioridad Económica" y "La educación económica y el Liceo".

Pero, a pesar de todas estas publicaciones en periódicos y revistas, a pesar de sus interesantísimas conferencias, donde se destaca con nítidos relieves la personalidad de economista, sociólogo e historiador, estudioso y medular, es en 1934, cuando publica su primer libro de envergadura, sobre Portales, en dos volúmenes.

A esta obra le sigue en 1935, un ensayo titulado: "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la Historia", libro que, con su publicación produjo un gran revuelo, siendo recibido en diferentes formas en los círculos intelectuales del país; para algunos fué celebrado ampliamente, en otros lo fué con ciertas reservas, no dejan-

do de tener detractores que vieron en esta obra una especie de crítica terrible a lo consagrado y que era inamovible para ciertas mentes acostumbradas a leer y oír la vieja historia patria, dentro de ciertos cánones y de ciertos preceptos antiguos.

En 1940, ve la luz pública el tomo primero de su monumental "Historia de Chile", en la que enfoca el panorama histórico del país desde la prehistoria hasta 1891, terminando la obra en el tomo vigésimo con el gobierno de don José Manuel Balmaceda.

Además de estas actividades de historiador, de ensayista, publicista y economista, fué un tiempo tentado por la política, siendo en dos períodos diputado por Loncomilla.

Entre los cargos que ha desempeñado y desempeña don Francisco Antonio Encina, permitidme citar los de Consejero de la Sociedad Nacional de Agricultura, Miembro de la Comisión de Enseñanza Comercial y de la Alta Comisión Internacional de Legislación.

En 1916, el gobierno lo designa como su representante al Congreso Financiero Panamericano de Buenos Aires, donde desempeña un brillante papel y su autorizada palabra es escuchada dentro del mayor respeto por los congresales, dando, sus opiniones e ideas vertidas en dicha ocasión, lugar a interesantes debates, los que habrían de pesar, en forma efectiva, sobre los acuerdos y conclusiones de dicho torneo.

Casado con doña Amelia Baker, siendo sus hijos doña María, doña Olga y don Francisco.

Sería vana petulancia de mi parte hacer en esta ocasión, el comentario de la enorme labor de don Francisco Antonio Encina, pero permitidme, señoras y señores, destacar solamente algunos puntos de su obra, a través de sus principales publicaciones de tan inestimable valor documental en el campo de la historia nacional.

Como hemos dicho, en 1934 publica don Francisco Antonio Encina, su libro titulado "Portales" en dos volúmenes, que edita Nascimento, y, en esta obra quiere como en un anticipo, mostrarnos lo que más adelante habría de darnos con su "Historia de Chile".

Esta primera obra, dedicada a narrar el período portaliano desde su iniciación hasta su fin, destacando la vida del protagonista de este agitado período de nuestra Historia, desde sus principios sobrios, tranquilos, alejados del bullicio y de la política, hasta que hace su entrada en la vida pública del país, para terminar en forma trágica, asesinado en el Barón.

Es un libro que capta e interesa desde su primera página, a pesar de que no podemos afirmar que el tema esté totalmente agotado, ya que cada uno de los biógrafos de este hombre multiforme, místico, sensual, organizador, de recio carácter y de acendradas ideas de orden, tendrá que ir enfocando y desglosando su personalidad, desde distintos ángulos y con distintos factores de apreciación; pero, este libro de don Francisco Antonio Encina es una seria contribución al conocimiento de Portales y de su época.

Naturalmente, muchos aspectos de la obra no están de acuerdo con nuestro modo de apreciar este período histórico, pero, se ve en todo instante en el "Portales" de Encina, la sinceridad que ha puesto en este trabajo y, si en la interpretación escueta del hecho histórico, no estamos a veces de acuerdo con su biógrafo, como hemos dicho, destacamos el interés del documento y la fuerza de realidad de las fuentes consultadas, y seguramente en esto, como en todo lo del autor, ha querido cumplir el pensamiento que estampa en: "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia", cuando escribe: "Al historiador no le es lícito inventar nada; su suprema invención es el pasado tal cual lo produjo la vida".

Uno de sus comentaristas dice de este libro: "Portales es un místico de la fuerza, un místico de la idea de organización. Un intuitivo. De tal modo que el señor Encina pasa por encima de los defectos del hombre, que se inclina a perdonarlo todo y justificarlo todo en el campo de admiración hacia el hombre prematuramente sacrificado por Vidaurre, representante, en cierto modo, del pipiolismo de la idea democrática". D. Melfi, "Atenea" N.º 107, año XI.

Esta obra iniciada y redactada por el autor en 1903, ha sido

editada sólo en 1934 y durante este tiempo, el estudio y la paciencia del investigador para revisar el material acumulado y hacer las deducciones sacadas de él, hacen de este libro un serio documento histórico.

Trataremos en breves palabras de exponer la obra: Esta se inicia describiendo la anarquía americana en los comienzos de la independencia por la aparición, en cada una de las futuras repúblicas, de tiranos que sin Dios ni ley querían hacer su suprema voluntad e imponerse a las nacientes naciones y como este ejemplo fué desquiciando el orden y la moral de los pueblos, entre ellos el de Chile, que se debatía en medio de una verdadera y trágica anarquía, la que no sólo afectaba a la masa ciudadana, sino aún más, estaba el germen de la insubordinación y del desorden en el ejército, que era precisamente el encargado de velar por el orden y la paz interna; así pone el acento en la revolución de 1829 con Lircay y Ochagavía.

Hace aparecer luego la figura recia de fuerte envergadura de honorabilidad y de trabajo de Portales, quien quiere poner al país en un marco de orden, de laboriosidad y de austeridad. Para perfilar su héroe y hacerlo adentrarse en el lector lo define con sobriedad, fincando, en especial, en sus rasgos psicológicos de temperamento y de carácter, no escapando en esta descripción su vida mundana, galante y mujeriega que le dan a la figura central los perfiles de un personaje de leyenda.

Más adelante, describe los ministerios que se sucedieron durante su gestión, las diferentes vicisitudes, su ideal de gobierno, su programa de acción, sus obras de adelanto en el terreno educacional y de organización de la patria, el desarrollo de la campaña contra la Confederación Perú-boliviana, haciendo un retrato interesante del Protector Santa Cruz, en el que coteja su personalidad con la de Portales, delineando los rasgos inherentes a cada uno de estos dos personajes de la historia americana, con relieves de sumo interés y de gran valor documental y humano.

Llega al final de la obra, después de analizar en varios capítulos la labor del estadista y del político, hasta la tragedia de el Barón, considerando el autor que aquel asesinato fué de toda premeditación y perfectamente delineado de antemano, para satisfacer ambiciones e ideales del bando contrario a Portales.

Resumiendo, podemos decir que es un libro de gran documentación, ameno, lleno de enseñanzas, de interesantes deducciones del autor, y nos presenta una visión amplia de ese período tan interesante y contradictorio de los albores de nuestra nacionalidad, aureolando de un cierto tinte de martirio la personalidad proteiforme e interesantísima del ministro Portales.

En 1935, publica su libro titulado "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia", obra de sumo interés, en la cual hace una crítica a nuestra historia y, en especial, a nuestros historiadores, no en su calidad de hombres, sino en el aspecto en que trataron el problema de la historia patria y cree que una de las causas de la decadencia de la historia en el país, se debería, en gran parte, a la forma como enfocaron este problema sus antecesores.

Naturalmente el punto principal del libro finca en las figuras de Vicuña Mackenna, Crescente Errázuriz, Diego Barros Arana y Alberto Edwards.

Refiriéndose de preferencia a don Diego Barros Arana, escribe en una parte de la obra: "La Historia General de Chile", cualesquiera que sean sus deficiencias, presenta uno de los mayores esfuerzos de investigación que se haya realizado en América. Barros Arana, recogió metódicamente, en el curso de una vida larga y laboriosa mucha parte de las noticias que era posible procurarse en su época sobre el pasado colonial y casi todas las relaciones con la revolución de la Independencia. Las controló entre sí y esclareció la verdad material de los hechos con una sagacidad crítica, no superada por otro escritor de habla española. Su juicio, casi siempre ecuaníme, supo guardar la compostura y la dignidad de la forma, aún en los momentos en, que sus pasiones lo arrastran a la parcialidad en el

fondo, salvo cuando entra en juego su antirreligiosidad; este libro es, continúa el autor, un oasis en la literatura histórica hispano-americana, por lo general apasionada y declamatoria hasta tornar un verdadero martirio su lectura. Aún en su error capital, el intento de representar fotográficamente todo el matorral histórico, si no alcanzó éxito, desplegó a lo menos un método y una claridad admirables.

“El estilo es serio, sencillito, sin imágenes, galas, ni pretensiones y no cansa a través de dieciséis volúmenes, a pesar de no estar sostenido por la fuerza de las ideas”.

Más adelante dice: “Dentro del antiguo concepto de la historia, es sin disputa, la obra más valiosa de la literatura histórica española e hispano-americana de su época”.

Y más adelante, criticando uno de los aspectos de la labor histórica de Barros Arana dice: “La incapacidad, para simbolizar, o sea para percibir intuitivamente los hombres y los sucesos que realmente encarnan el pasado, lo obligó a incorporarlo todo en la historia. Como tenía fatalmente que ocurrir se produjo el matorral; y el autor, aprisionado, no logró ganar altura suficiente para percibir los relieves y los contornos. De siglo en siglo se sienta bajo la sombra de un roble y substituye lo que no ve por una imagen vaga, como todo lo que no se aprehende robando a la vida el contenido de sus entrañas y al mundo de las formas el don de la expresión. Y en vez de expresar estas imágenes como las percibió, las vacía en los filtros de la sensatez y de la cordura, a fin de presentarlas claras, decentes, razonables y vulgares. Nada brota directamente del fondo de la vida”.

Y así, en el desarrollo de este interesante libro nos impone el nuevo concepto de la historia según su modo de pensar y nos dice en otra parte: “La Historia sólo puede ser la resultante de la cooperación del investigador, de las hondas reflexiones del filósofo y de la potencia creadora del artista”.

Emite sus conceptos e ideas personales sobre lo que es hoy día una obra histórica, en especial, lo referente al hecho de la interpre-

tación de los fenómenos sociales, económicos y humanos de las diferentes épocas de una historia.

Enfoca en este libro las diversas fases, como él concibe la verdad histórica, las exigencias intelectuales de la historia central, los escollos del historiador, terminando la parte principal de la obra con reflexiones sobre algunas normas de la historiografía de interés y novedad.

Termina la obra con artículos cortos, analizando en ellos diferentes problemas tales como la raza en la historia, la intuición en la historia, la confusión de los oficios de historiador e investigador, la personalidad en el historiador, la imaginación en la historia, la pesadez y la muerte de la literatura histórica chilena, y por último uno titulado: "La Historia y el Alma del Pasado".

Es un libro, como todos los de este autor, movido, ameno, agradable, y que en realidad, tiene novedades de apreciación y de objetivización de ciertos aspectos del problema histórico chileno. Nos parece un ensayo de sumo interés y a pesar de no estar en todo de acuerdo con el autor, pensamos que este libro merece ser conocido y difundido, en especial entre la juventud de nuestra patria.

Y para terminar este breve comentario de la obra histórica de don Francisco Antonio Encina, permitidme, señoras y señores, decir algunas palabras sobre su obra principal, la "Historia de Chile", desde la prehistoria hasta 1891.

Los 20 volúmenes de esta obra monumental, escrita a base de una documentación de primer orden, marcan en la historiografía chilena una nueva etapa, ya que no sólo considera los hechos por el orden cronológico, sino que el autor interpreta los hombres y sus actos, interpreta el paisaje y el clima de su actuación, las diferentes etapas, el desarrollo y la formación del pueblo, las actividades de orden social, intelectual, económico, etc., en una palabra, hace de nuestra historia un análisis en cada una de sus épocas, actividades, actuaciones, haciendo deducciones personales de interés y novedad.

Hay en este libro una relación de encadenamiento del devenir

histórico perfectamente coordinado y enlazado, hay ritmo, hay lógica; nos parece que hubiera seguido al famoso Xenopol cuando escribió: “Cada período tiene sus raíces en el anterior, la explicación completa del estado de la humanidad, de una institución, de un pueblo, tal como se encuentra en un momento dado, sólo puede darla la cadena completa de los estados anteriores”.

Como hemos dicho anteriormente, en esta obra el autor ahonda en el ambiente y en la época en que actúan sus personajes, trata de descubrir el alma de éstos y del pueblo y mostrar sus rasgos psicológicos principales.

Como dice uno de sus comentaristas: “Su obra arrastra y fascina llamando la atención su estilo fácil, pleno de pasión y nervio, sembrado de comparaciones extraídas de la vida rural, tan cara a los chilenos, su terminología característica y pintoresca; su capacidad de invectiva y su total falta de respeto hacia las grandes figuras, a las que despoja del mármol que las rodea, para inyectarles vida y movimiento, no ocultando sus vicios y sus flaquezas, sus errores y éxitos, en extensos retratos. Ha conseguido la finalidad primordial: renovar los moldes de la historiografía nacional hasta aquí descriptiva, inanimada, sin calor ni color; y entregar en su reemplazo una obra dinámica, jugosa, repleta de vigor y frescura.

“Encina —continúa el comentarista—, nos traza una historia del país que no olvida ninguno de sus aspectos: analiza las personas y los hechos, no individualizados secamente, como coleccionista, sino subordinado a los movimientos generales, al conjunto de la vida, de donde dimanar su energía vital y su interés”. Job., “Atenea”, marzo 1950.

El primer volumen de la obra se inicia con el medio físico y la prehistoria, llega el descubrimiento y la conquista y así los veinte volúmenes, van cronológicamente destacando y describiendo los hechos cruciales de nuestro desarrollo en un orden admirable y al leer la obra completa, en realidad no podemos saber cuál volumen encontramos superior al otro, si bien es cierto, alguno podemos en-

contrar inferior al anterior, esto se debe sólo a nuestra apreciación personal del problema o del personaje que el autor ha enfocado en distinta forma de nuestro modo de apreciación subjetiva; por ello, no estamos de acuerdo en la forma en que enfoca ciertos aspectos de nuestra historia, desde nuestro punto de vista personal, pero esto, en ningún momento, resta valor al mérito inobjetable del trabajo del señor Encina.

Por el esfuerzo que significa esta obra, así como por su gran valor y jerarquía, es que hemos querido esbozar en estas breves líneas un ligero comentario de su contenido que constituye, como lo hemos repetido, un aporte de inestimable valía en la literatura histórica contemporánea y ella hará querer y admirar aún más nuestra historia, nuestros hombres y nuestro pasado, porque como dice el solitario de Francfort: “Un pueblo que no conoce su historia está limitado al presente de las generaciones que viven en la actualidad; no comprende ni su carácter, ni su propia existencia, porque no puede referirla a un pasado que los explique, ni menos puede calcular lo porvenir. Sólo la historia de un pueblo le da la plena conciencia de sí mismo. Por la falta de ésta, —añade Schopenhauer— es por lo que el animal permanece encerrado en el estrecho círculo del presente intuitivo”.

Y para terminar, señoras y señores, podemos decir sin temor a equivocarnos que la obra histórica de don Francisco Antonio Encina, ha constituido un hecho de indudable trascendencia en el ambiente intelectual de nuestro país, ya que el autor ha sabido transmitirle al hecho histórico una nueva forma de ser, una nueva modalidad estética y psicológica, dándole movimiento y humanizándolo, hasta transformar la narración en algo de agrado y al mismo tiempo de gran profundidad.

Los personajes tienen vida y color, cobran animación y nos parecen que fueran viejos conocidos nuestros, tal es la realidad de sus descripciones y la descripción del desarrollo de sus múltiples actividades en los diferentes medios y en las diferentes épocas de su figuración.

En ningún instante nos dan la impresión de inercia, ni de inmovilidad; al contrario, el autor los presenta en actitudes de lucha, de acción, tienen sus pasiones, sus amores, sus problemas, sus temores, su frivolidad, sus dudas, sus ambiciones; cada una perfectamente delineado y de rasgos agudos y penetrantes en su percepción anímica y humana.

Si algún reparo pudieramos hacer a la obra de don Francisco Antonio Encina, sería el de tomar a veces con demasiada pasión, con demasiado ardor un hecho histórico, una época, una actuación, un hombre; o la de presentar, tal vez demasiado al desnudo, ciertos personajes, que la tradición y el fervor popular habían aureolado de un cierto carácter mitológico y epopéyico, al cual por la fuerza de la costumbre y a fuerza de oírlo, nos habíamos habituado, muy a pesar nuestro; pero, bien mirado el asunto, el historiador, a nuestro juicio, tiene toda la razón, al trasladar a límites y condiciones humanos y terrenales, personajes que en su vida actuaron como tales, y, que por una deformación de nuestra sensibilidad, de nuestra formación, a fuerza de presentársenos como seres de leyenda o de epopeya, nos habíamos acostumbrado, como hemos dicho, demasiado a esa fantasía que, en gran parte, ha deformado nuestro fenómeno histórico.

Es, señoras y señores, por la labor histórica de don Francisco Antonio Encina, por ésta su pasión por nuestro pasado en el cual ha hurgado con la psicología del investigador, del filósofo, del artista y del pensador, hasta desentrañar de él su secreto, presentándonos en un desfile macizo, sobrio, medular y enjundioso, todo nuestro proceso nacional en este campo de tanto interés y de tanta novedad, que nunca será lo bastante estudiado ni lo bastante investigado, ya que a cada instante nos presenta problemas y hechos de valor y jerarquía; por ello, los organismos directivos de nuestra Universidad, por intermedio de nuestro Rector, representado por el Secretario General, le entregarán esta tarde una medalla, que simboliza en el metal de que está fundida, el reconocimiento y el aplauso a su labor de erudito, de estudioso y de historiador de fuste.

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD DE DERECHO DON ROLANDO MERINO REYES



Se ha afirmado consuetudinariamente que somos un país de abogados e historiadores. En ello, pudiera ir implícito un elogio pero, soterradamente, se envuelve una velada censura. En el fondo, se nos ha querido motejar de pueblo sin imaginación creadora, carente de auténtico impulso vital para las creaciones del arte y de la belleza. Seríamos cultores del saber jurídico por sequedad de espíritu, y habríamos vivido escribiendo sobre nuestro pasado, como pueblo viejo o prematuramente envejecido, que ya nada tenía que hacer en el presente, sino vivir del recuerdo de sus pretéritas glorias y hazañas.

Pocas afirmaciones más infundadas, en mi opinión.

Con profundo sentido de la vida social; sabedores de que no era posible el progreso sino en un clima de pacífica y armónica convivencia, nuestros próceres se empeñaron en darnos una estructuración jurídica adecuada, estableciendo las funciones y facultades del Estado y los derechos y las libertades del hombre y del ciudadano.

No sin dolores, titubeos y extravíos, por supuesto, nos dimos la constitución del 33, aristocrática, monárquica, férrea y dura, pero que, uniendo en un apretado haz las fibras de un pueblo joven, nos hizo fuertes para enfrentarnos al porvenir.

Hemos tenidos grandes y eminentes historiadores: Amunátegui, Vicuña Mackenna, don Diego Barros Arana, Errázuriz, Ed-

wards y muchos más. Después, una generación de jóvenes: César Jobet, Ricardo Donoso, Jaime Eyzaguirre, Ramírez Necochea, Guillermo Feliú Cruz, y tantos otros que sería tarea larga nombrar. Finalmente, nuestro don Francisco Antonio Encina, a quien nuestra Universidad rinde en este instante un merecido homenaje, y que alza su testa venerable y meditabunda, como un alto roble en medio de la montaña.

Pero —señoras y señores— no es verdad que hayamos producido solamente historiadores y juristas. Ahí están nuestros grandes novelistas; nuestros grandes poetas, algunos de los cuales detentan el cetro de la lírica castellana; nuestros grandes escultores y pintores; nuestros músicos; nuestros investigadores, que nos ubican, radicalmente, en un lugar señalado en el concierto de las naciones americanas.

Y esto es menester decirlo bien claro; en alta voz y hacia los cuatro vientos para que no se nos siga hiriendo como nación, so pretexto de un elogio menguado.

Por una extraña paradoja del destino, nos iniciamos viviendo un corto tiempo de desprecio. Don Diego de Almagro llega un día, nos ve y se vuelve. Nos miró pobres; difíciles de conquistar; tierra, en fin, que no valía la pena de sus esfuerzos. En el Perú se dirá después, para significar miseria de bienes terrenales, “los de Chile”.

Pero cierto día llegó a nuestra tierra el veterano de Flandes, Capitán don Pedro de Valdivia. No venía en busca de oro que recoger, sino de tierras que conquistar y glorias que ganar. Y se quedó entre nosotros. Lleno de entusiasmo, escribirá después a su rey, que no había encontrado tierras más bellas, ni cielos más hermosos. Los duros combates por él librados; las pesadumbres que padeció y su trágica muerte a manos de nuestros aborígenes, podrían haberle hecho decir que tampoco había conocido raza más indomable y que, con mayor ahinco y denuedo, se resistiera al servilismo y a la opresión.

Nuestro país costó a España, en vidas y haciendas, como nin-

gún otro país de América. ¡Y eso que ni siquiera alcanzó a conquistarnos del todo!

A la enseñanza de la libertad y de la República se abatió por fin Arauco, que no a la enseñanza de la España Imperial, en cuyos dominios nunca se ponía el sol.

Nuestro período colonial tiene como dramático trasfondo las luchas sangrientas entre españoles y araucanos. El conquistador va de la espada al fusil; del campo de labranza, al campo de batalla, hasta que se organiza el ejército profesional para cuyo mantenimiento se solicita y obtiene el envío del "Real Situado" porque, a pesar de nuestras "bellas tierras y hermosos cielos" éramos pobres, y continuamos siéndolo.

Mientras se luchaba denodadamente en la "Frontera", detrás de los campamentos militares, se unía la india triste y taciturna con el español altivo, guerrero, conquistador y temerario. En el duro crisol de la raza, que entonces se extendía desde el "Despoblado de Atacama", por el Norte hasta las nieves, por el Sur; desde más allá de la Cordillera de los Andes hasta el mar que hoy tranquilo nos baña, se fué forjando un homogéneo conglomerado humano que había, después de constituir lo que el Dr. Palacios llamara, con tan profundo sentido nacionalista, pero con tan débil fundamentación científica, "la raza chilena".

No vinieron a conquistarnos sino escasamente nobles e hidalgos. Pero aquí adquirieron nobleza o hidalguía por sus hazañas y se hicieron hijos de sus obras. "Hidalgo", según "Las Siete Partidas", quiere decir "hijo de algo" y mucho más que algo hicieron los castellanos que aquí sufrieron, lucharon o murieron.

Nuestra vida nacional, desde sus inicios, es una gesta heroica. Cual ningún otro pueblo americano, tenemos nuestro cantar de gesta —"La Araucana"— que, en recio verso castellano, escribiera don Alonso de Ercilla y Zúñiga y cuyo estudio profundo, detallado y completo lo hiciera nuestro gran chileno, gloria y prez de la historiografía nacional: don José Toribio Medina.

Pero, en 1810 —como lo expresa con tanto acierto don Francisco A. Encina— se rompe prematuramente el nexo que nos unía a España. Surge así nuestro pueblo empinándose por sobre su propio e incierto destino para enfrentarse solo, titubeante, un poco huérfano, con un duro porvenir.

Después, en los primeros tiempos de la vida independiente, se suceden tanteos, luchas, incertidumbres, siempre en busca de caminos. Ensayos constitucionales fallidos, equivocados, inadecuados, o prematuros; formas, informes y diversas de un país naciente, van constituyendo trabajosos jalones o etapas de nuestro destino histórico. Actúa un nuevo crisol, dentro del cual se va forjando nuestra auténtica nacionalidad, en una lucha sostenida en contra de nosotros mismos.

Luego surge la figura extraña de ese hombre que se llamó don Diego Portales y Palazuelos, para librarnos de lo que él llamaba, “el peso de la noche”, y superar la etapa de la anarquía y del desorden, del sufrimiento y del dolor, anejo a todo alumbramiento.

O’Higgins, el Libertador; Portales, el ordenador y estructurador de una nación en forma; Manuel Montt, el frío y pertinaz constructor; Santa María, el violento y apasionado laicizador de nuestras instituciones republicanas; Pinto, el Presidente que extiende los dominios de la República y... después, Balmaceda, cuyo cuerpo vencido y ensangrentado, se atraviesa en la ruta de nuestra historia, cerrando toda una intensa y extensa etapa del vivir nacional.

Después, adviene nuestro tiempo, que muchos han alcanzado a vivir y, por lo mismo, no fácil de historiar.

En este punto se detiene también don Francisco Antonio Encina en su “Historia de Chile”, como si el gran Presidente mártir le hubiese hecho un trágico alto en el camino.

Señoras y señores: como podéis ver hemos hecho historia. ¡Con razón tenemos historiadores que, como nuestro homenajado de esta hora, han sabido hacer historia grande de una grande historia!

Ahora bien, todo este devenir, todo este intenso actuar de un pueblo a través del tiempo, constituyen el material y la urdimbre de la historia. El activo existir de los pueblos produce múltiples luchas, de múltiples aspectos. Hay pugnas de conglomerados políticos. Chocan y entrechocan las clases, las castas, los grupos o los estratos sociales. Se elevan y se abaten gobiernos, impulsados por ideas y por intereses. Todo ello ha podido quedar escrito en documentos varios, en que se volcó la voluntad de los estadistas, militares, próceres o caudillos que los escribieron; o en publicaciones de diversa índole. Incluso, hay cronistas que han ido haciendo la narración de muchos e importantes sucesos de la vida patria. Pero esos libros, esos documentos están guardados y ordenados en archivos o bibliotecas, ocultando sus secretos, esquivando la auténtica intención o los pensamientos genuinos de aquellos que los escribieron. En fin, todo un material documental con el cual debe trabajar quien quiera hacer labor investigadora, fundamentada y científica. Son, pues, las fuentes formales del pensar histórico.

Y luego, están los hombres que actuaron o lucharon. Eran de carne y hueso, de esta misma arcilla perecedera de que estamos hecho nosotros. Tuvieron sus amores, sus simpatías, sus odios, sus ideas, sus intereses y, por supuesto, sus defectos y sus virtudes. Llevaban en lo recóndito, tendencias u orientaciones que quisieron plasmar o lograron plasmar en la realidad. Padecieron en su tránsito por nuestra tierra y porque, muchos de ellos subrayaron con dolores o con el sacrificio de sus vidas sus anhelos, sus esperanzas y sus ansias de bien público, es que están ahí, un poco inmóviles e interrogantes, en el extenso ámbito de la historia patria de siglos...

Estos hombres, por otra parte, no estuvieron nunca solos.

En la soledad no es posible la acción, ni el existir auténtico. Eran hijos de su época. Actuaban para interpretar el pensamiento o el querer de los demás. Quiero expresar que esos próceres eran forjadores y conductores de pueblos.

Porque no están solos, a su lado marchan las masas organizadas o amorfas; los estratos sociales; las clases y castas, los grupos diversos, ya sea una oligarquía agraria con un severo y egoísta sentido de la autoridad civil; ya sea una clase media inquieta y turbulenta; ya sea un artesanado sin orientación, perdido en los caminos de la historia; ya, finalmente, una clase trabajadora que se insinúa como alzándose sobre su miseria, su ignorancia y su abandono, queriendo participar activamente en la constitución de una Patria.

Frente a este enorme “fresco histórico”, como yo lo llamaría; frente a estos largos siglos de vida nacional; frente a estos hombres, se ubica un día don Francisco Antonio Encina.

Cuando él llega, ya han trabajado grandes historiadores. Las fuentes documentales; las historias particulares o las diversas monografías sobre nuestra vida económica, nuestros partidos políticos o diversos sucesos o hechos relevantes, están casi agotados. Nuestro gran don Diego Barros Arana —buscador infatigable en museos, archivos y bibliotecas— acumula un material documental, difícilmente superable. Con todo ello trazó una de nuestras más completas historias de Chile.

Podría pensarse que, después de aquella obra monumental, nada más hubiera habido que hacer. Sin embargo, si el arte, según la conocida definición de Taine, es la naturaleza vista a través de un temperamento, la historia no puede menos que ser la vida de un país vista a través del espíritu y del temperamento de aquél que la elabora. Cada nuevo autor, significa nuevas rectificaciones y superaciones; un nuevo ordenamiento del material histórico; un nuevo y original enfoque de la existencia de un pueblo e, incluso, empleo de nuevas fuentes que sus antecesores no tuvieron a mano.

Por todo esto, la “Historia de Chile” de don Francisco Antonio Encina, constituye, y no ha podido menos que constituir, un aporte original, desde muchos ángulos y una nueva rectificadora visión de conjunto de nuestro acontecer.

Es lo que trataremos de estudiar, y sólo en algunos aspectos,

ya que un análisis completo nos demandaría demasiado tiempo y requeriría una excesiva paciencia de vosotros.

Nuestra historia, llamada clásica, fué elaborada por quienes estaban ubicados, relativamente, cerca de las gestas de la Independencia.

Si en 1810 los sucesos marcharon, como expresa el señor Encina con "borceguíes de silencio", la Reconquista Española y las luchas que la siguieron, imprimieron profundas huellas en el alma nacional. Hicieron surgir un sentimiento vago de nacionalidad que, no obstante, nos ubica frente a España, que quiere prolongar su dominación, y nuestra naciente Patria, que ya anhelaba claramente su libertad.

Los naturales odios y antipatías de toda lucha, ahonda naturalmente nuestras diferencias y este clima, no pudo menos que ser captado por nuestros historiadores clásicos que, sintiendo el imperativo impostergable de su hora, van recargando insensiblemente las tintas y los contornos.

Así nace la llamada "Leyenda Negra de España", que tan pesadamente ha gravitado en nuestra producción histórica.

Naturalmente, nuestros próceres y nuestros héroes tuvieron que ser destacados como luchando en contra de la herencia funesta de España, que habría estado constituida por instituciones anticuadas, ideas opresoras, subrayándose su permanente actitud de explotación económica. Pero, es del caso también recordar, que esa "Leyenda Negra" tiene precisamente sus fundamentos y raíz primera, en las opiniones adversas que muchos españoles tuvieron para la administración de la metrópoli.

¿Qué de extraño puede tener que nuestros historiadores, influídos por el clima ambiente o los recuerdos aún vivos, hayan cargado a la cuenta de España todos los males de que padecemos en los primeros tiempos de nuestra vida libre? Porque es un hecho que cuando advenimos a la libertad política, nos encontramos que carecíamos de hábito de gobierno, de cultura, de preparación económica

y, sobre todo, nos dimos cuenta por primera vez de que éramos efectivamente pobres. Durante nuestra existencia colonial España nos había solventado desde otras Colonias mejor aviadas que nosotros. El hijo que alguna vez se siente perdido en el tráfago de la existencia, desprendido ya de su hogar e incapaz para enfrentarse con la adversidad, pudiera sentirse tentado a atribuir a su padre la causa de su propia y personal inepticia. Así, nos sucedió a nosotros. Nuestros historiadores, como hijos de su tiempo, sienten su influjo e inconscientemente van amasando el material, de acuerdo con esa tónica del ambiente.

Ver en la historia, o atribuir como causa de los procesos, la crueldad, la generosidad, la avaricia o cualquiera otra condición moral de una raza, constituye evidentemente una actitud equivocada, que rompe la perspectiva y elimina las verdaderas causas de los fenómenos sociales. Lo que hay que ver siempre en el devenir, son procesos, fenómenos, enlaces de causas a efectos; factores psicológicos, económicos, políticos, raciales, geográficos, culturales, en una palabra, etc., influyendo en el curso vivo de la existencia de una nación. La disminución ostensible y evidente de la raza aborígen de América, que denunciara Fray Bartolomé Las Casas con doloroso acento, por ejemplo, no puede ser atribuída a la llamada "crueldad española", sino al choque violento de dos culturas diversas, cuando no opuestas. Al pasar nuestro indio bruscamente de la vida nómada a la sedentaria; del trabajo libre al trabajo obligado; de un derecho consuetudinario y distinto a un derecho escrito, se extraña, sufre y se quebranta, y se va extinguiendo lentamente por su incapacidad de incorporarse a un nuevo estilo de vida, que le es impuesto violentamente.

Sin embargo, se imponía una indispensable acción rectificadora, que nuestros historiadores clásicos no alcanzaron a enfocar.

Don Francisco Antonio Encina, con ese natural ímpetu suyo, con esa su libertad intelectual totalmente desprejuiciada, y que constituyen la médula de su modalidad de investigador, un día toma

su arco, pone tensa la cuerda y dispara sus flechas en contra de nuestros historiadores del pasado, haciendo un certero impacto científico.

El odio a España había desfigurado nuestra historia; había ocultado muchos defectos de nuestro conglomerado humano; había señalado causas falsas de muchas de nuestras imperfecciones. Ya era tiempo sobrado de olvidar y tiempo también sobrado de rectificar. El señor Encina ha sabido hacerlo, en mi opinión.

Fueron también vacíos o defectos en que incurrieron algunos de nuestros grandes historiadores del pasado, dar superlativa importancia a los sucesos bélicos y a los hombres que actuaron.

Nuestros próceres civiles, nuestros caudillos militares, aparecieron así algo desconectados de la trama social, sin un adecuado telón de fondo. De aquí, que nos produzcan, a veces, la impresión de sombras, o de seres un poco apergaminados, moviéndose en virtud de ímpetus autónomos, sin una adecuada relación con la totalidad de los sucesos, en una palabra, desvinculados de la urdimbre del acaecer.

Como muy bien lo expresa el señor Encina, “la humanidad no ha marchado empujada por un corto número de hombres superiores; han sido los movimientos de masas; los grandes impulsos gestados en la subconsciencia colectiva los que, para aflorar, se han encarnado en algunas de las grandes figuras históricas”.

Y henos aquí en presencia directa de uno de sus grandes méritos.

En esta nueva forma de ver, nuestra vida histórica se llena de motivos, de causas y conexiones. Las masas se incorporan por propio derecho y natural impulso. Se las ve actuar, trabajar detrás o a la vera de nuestros grandes estadistas, constituyendo el *substratus* legítimo del cual aquéllos se nutren y cuyas ansias, anhelos o esperanzas captan o realizan.

Se ha incorporado de una vez, lo que yo llamaría el “coro his-

tórico" que, como en el teatro griego, responde, como un eco, al personaje principal de la tragedia antigua.

Pero, aún hay más.

Nuestros historiadores del pasado, no sé por qué causas, subestimaron los factores de orden económico, influyentes, sin duda, en nuestro desenvolvimiento. Hacen más bien historia de las ideas políticas o sociales.

El desarrollo de nuestra economía, partiendo de sus ingredientes coloniales; los diversos cambios que sufrió; la forma como éstos se hicieron sentir en la población; el aumento y disminución de la riqueza pública y privada; las importaciones y exportaciones; las variaciones del régimen tributario; los nuevos cultivos agrícolas que se introducen en el país; las fuentes de riqueza que se van incorporando en nuestra economía en un lento y gradual proceso de desenvolvimiento, no habían sido debidamente sintonizados con nuestra evolución política, cultural y social, en mi opinión.

No nos merece dudas que nuestra economía ha sido historiadada, como también lo han sido nuestros partidos políticos, las diversas ideologías y muchos de los grandes sucesos de nuestra historia.

Pero, de lo que yo hablo; a lo que yo me refiero en este instante y en este punto de mi análisis, es que no habían sido justamente incorporados en una visión sintética y totalitaria, haciéndose una cabal conjugación de todos esos elementos.

Es don Francisco Antonio Encina el que, en su monumental "Historia de Chile", toma territorio y raza; economía y política; derechos e instituciones; arte y cultura generales, para darnos una visión de conjunto dentro de la cual cobran, inusitada vida y movimiento, hombres y masas, políticos y estadistas, caudillos y visionarios, en una integral y espléndida orquestación de vida.

Por supuesto, que ha debido ser trabajosa y ardua empresa, llegar a esta visión de conjunto, genética y dinámica. Nuestro grande, nuestro inolvidable don Diego Barros Arana, por la insuficiencia de las fuentes de su época, o por la dispersión del material histórico, o

por la natural tendencia de su espíritu o de su tiempo, no lo hizo o no pudo hacerlo. De aquí, que la "Historia General de Chile" de Barros Arana, no pueda menos que aparecer superada y rectificadada, en muchos aspectos, por la "Historia de Chile" de don Francisco Antonio Encina.

Para ordenar y poner en debido concierto todo este abigarrado material de nuestra historia, se han necesitado, sin duda, condiciones mentales de excepcional calidad y vigor. Si el genio, como afirmaba Buffon, es sólo una larga paciencia, no parece que baste sólo ello para hacer una auténtica historia. Una obra así, requiere, desde luego, condiciones especialísimas que se han reunido, por rara virtud, en la persona del señor Encina.

Desde luego, un profundo sentido nacional y un acendrado amor a su país, que no han podido por menos que empujar al escritor hasta los límites mismos del sacrificio personal. Se ha dicho por algunos que el señor Encina ha desfigurado o empequeñecido a muchos de nuestros más grandes próceres. Me parece infundada esa opinión. El señor Encina sabe mejor que nadie que las patrias necesitan de sus héroes, y todos sabemos que nunca un chileno hará historia para denigrar a su Patria, sino para enaltecerla y levantarla, legando a la posteridad un vivo espejo del pasado; para poner, a disposición de las venideras generaciones, una auténtica fuente de aguas vivas y profundas, a donde han de ir a beber inspiración, fuerza y vigor todos aquellos que quieren empujar el progreso de la República.

Si nuestra Universidad ha querido testimoniar al señor Encina su reconocimiento por haber dado término feliz a su "Historia de Chile", es porque siente el imperativo de expresarle que el historiador ha dado cumplimiento a una pura función patriótica, al mismo tiempo que científica. El señor Encina hace Patria chilena, haciendo historia de Chile y, cuando a lo largo de sus veinte volúmenes nutridos de datos, juicios, biografías, retratos psicológicos y vida nacional en fin, el público ha ido devorando tomo a tomo y espe-

rando con ansias la aparición de cada uno de ellos, es porque el país ha reconocido también el valor trascendental de esa obra, el servicio prestado y el esfuerzo consumido y desplegado.

En el Prólogo, con que el señor Encina encabeza el volumen diecinueve de su obra, manifiesta todo el agotamiento que su realización le ha producido. Dice:

“... siguiendo el ejemplo de Mommsen, para no velar la imagen del pasado, después de construir el edificio, he quitado los andamios y *enjugado las gotas de sudor que el esfuerzo hizo asomar a mi frente*”.

¡Gotas de sudor, señoras y señores! Y nada menos que gotas de sudor, que han corrido por la noble frente de un anciano escritor, porque no hay que olvidar nunca y tener siempre clara conciencia de que el obrero del espíritu, el trabajador del intelecto también suada cuando elabora los frutos de su pensamiento.

Además, de este sentido patrio, el señor Encina ha dispuesto para dar cima a su labor, de lo que, con propiedad él mismo llama, “la imaginación evocativa”. Así, armado, se ha adentrado en el corazón de nuestro pasado, con una soltura de espíritu, con un sentido de independencia de juicio, con una auténtica libertad mental en fin, que le han permitido destruir o reconstruir las viejas imágenes de nuestros próceres y héroes; rectificar los viejos y clásicos juicios que nos habíamos formado de los diversos acontecimientos; destruir el orden hierático que habían introducido nuestros historiadores clásicos y recomponer la historia general de Chile, dándonos una imagen llena de vida, de movimiento y de vigor; inquieta —y a veces— inquietante, que no ha podido menos que producir sorpresa en unos, admiración en muchos y agudas molestias en otros.

Cada volumen ha ido suscitando defensas apasionadas o enconados ataques. Los parientes de una llamada “aristocracia histórica”,

se han sentido naturalmente indignados. Han salido a la palestra en defensa de sus pergaminos y han removido el polvo de los archivos, las páginas de viejos infolios y adulterado claros textos de nuestra historia, para enderezar al héroe familiar que don Francisco Antonio Encina había desequilibrado, disminuído o abatido.

Frente a las protestas o al elogio, el señor Encina ha permanecido casi siempre silencioso y, en las raras veces en que ha salido en su propia defensa, ha sido para lanzar a sus enemigos intelectuales, o el enojo de su desprecio o la capa de su olvido.

Y es porque tiene el legítimo orgullo de todo honrado trabajador del intelecto. Sabe lo que ha hecho; sabe el servicio que nos ha hecho a los chilenos y sabe que lo hecho, lo ha hecho bien. Nuestra Universidad, bajo su permanente lema "Por el desarrollo libre del espíritu", se lo dice en este instante, por mi modesto intermedio.

¿Otra grande y nueva historia general de Chile? Posiblemente.

Para mí es, sobre todo, una nueva y atrayente interpretación, realizada con una actitud polémica, con la cual nuestro autor se enfrenta a los acontecimientos o a cada uno de nuestros próceres.

Los interroga; los sacude para quitarles el polvo de los siglos o el olvido del tiempo; los actualiza; les hace expresar lo recóndito de sus pensamientos; los arranca del pasado hierático en que yacían, y los toma de la mano para acercarlos a un plano iluminado por sus nuevas concepciones de la historia. Después, va ubicando cuidadosamente hombres y acontecimientos, masas humanas y economía; instituciones y cultura en su sitio adecuado, en ese "enorme fresco mural" que, para mí, es ante todo y por sobre todo, la "Historia de Chile" del señor Encina.

¿Defectos?

Posiblemente, algunos.

Por ahí andan circulando artículos y folletos y aún libros, en que se señalan sus contradicciones, omisiones de fuentes y olvidos; parcialidad ideológica y, aún, partidismo político. No ha faltado

quien haya querido también ubicarlo de éste o del otro lado en las luchas de la hora presente.

Nada de esto me interesa. Sé que nada de lo humano es perfecto. Sé también que todo fruto, toda obra del intelecto del hombre, estará siempre sujeta a rectificaciones, interpretaciones o superaciones futuras.

No es esta la hora, ni es mi misión o propósito, señalarlos. Yo he hecho un análisis exhaustivo y no una crítica de profesional de la ciencia histórica, para lo cual, declaro paladinamente, que no tengo condiciones ni conocimientos.

Yo sólo he sido uno de los tantos chilenos de mi generación que, a medida que aparecían los volúmenes, he ido andando, caminando o soñando con uno de los tomos de la "Historia de Chile", bajo el brazo; o que ha permanecido —siempre como tantos otros— con un tomo abierto durante muchas noches sobre mi escritorio, leyendo, estudiando o soñando, más como un admirador, que como un crítico.

He ocupado demasiado tiempo y he cansado, con exceso, la benévola atención de los que me han honrado escuchándome. Es hora de terminar, y termino.

Señor don Francisco Antonio Encina:

Recibid las distinciones que os ha otorgado nuestra Universidad, pensando que ello significa el reconocimiento público de un alto Instituto de estudios, a vuestra magna contribución a nuestra historia nacional.

DISCURSO DE DON FRANCISCO ENCINA



A distinción con que me honráis excede, no sólo a los méritos de la obra que la motiva, sino también a lo que tenía el derecho de esperar; y la coloco por encima de la benévola acogida que la “Historia de Chile” ha tenido en el público y de los favorables juicios de la crítica nacional y extranjera.

Todo el que se haya acercado, siquiera por simple curiosidad, al mundo intelectual sabe que el axioma de Goethe: “Las verdades más palmarias son aceptadas primero en silencio; se difunden con lentitud; y concluye por parecer natural lo que se negaba tercamente”, ya simple eco desvanecido de los tiempos lejanos de Galileo, en los diversos sectores del pensamiento humano, se ha refugiado, como en un santuario inviolable, en la historiografía.

En los anales literarios del siglo XIX, quedó célebre la reacción que provocó la “Historia de Roma”, de Mommsen. La ausencia de los alardes de erudicción, encaminados a encubrir la debilidad de una obra o a deslumbrar al lector, y el vigor y la admirable nitidez del pensamiento, se representaron a eruditos e historiadores como superficialidad; y el apodo de “El Gacetillero” —alusión despectiva

a la jornada de periodista que ocasionalmente había realizado Mommsen— lo acompañó hasta la publicación de las “Antigüedades Romanas”. Los más benévolos sólo vieron una fantasía y los más duros, una burda impostura, en la fuerza y la intensidad de vida con que evocó el pasado romano, desvanecido por el correr de veinte siglos y recubierto con una espesa costra mítica. La indignación que provocó el descenso de Cicerón, Catón y demás próceres, del pedestal plutarquiano, a lo que realmente fueron, ineludible para la inteligencia del espectacular proceso histórico en que actuaron, no conoció límites. La transfiguración de César, de asesino de la República y de la libertad, en el máximo genio político de la antigüedad, que, ayudado por la ausencia transitoria de pueblos capaces de aplastarla, prolongó por varios siglos la vida de una forma política ya vacía de ímpetu creador y de fuerzas espirituales, le valió el apóstrofe de imbécil, partido de las altas cumbres de la intelectualidad liberal. Sus protestas de respetuosa admiración por Niebuhr, el padre de la historiografía moderna, cuya ingenua creencia en que, partiendo de una simple hilacha, mediante el raciocinio crítico, se podía reconstituir la tela entera del pasado reinaba, como soberana absoluta, en las universidades europeas, sirvieron de pretexto para añadir el rosario de injurias, el epíteto de hipócrita, que procuraba disimular con alabanzas la baja envidia que lo había impulsado a remover los cimientos y a cuartear los muros del majestuoso y sólido edificio levantado por el maestro de los maestros.

Aún suelen recordarse, a través de la bruma del tiempo, la paliza que recibió Macaulay, por haber coloreado y revestido con sobria elegancia, su representación de veinte años de la historia de Inglaterra, extraída en otros tantos de ardua investigación, a fin de hacerla accesible hasta al más modesto obrero capaz de leer algo; y su epílogo, la negativa de la Sociedad Real a admitir su cadáver en Westminster en castigo de su superficialidad.

Podría creerse que estas reacciones fueron hijas de un exaltado y ciego espíritu de cuerpo. Mommsen y Macaulay fueron aerolitos caí-

dos dentro de la órbita de la erudición desde otros sectores de la actividad intelectual. Pero Curtius era el máximo helenista del segundo tercio del siglo XIX; y su "Historia de Grecia", a pesar de la debilidad de algunos aspectos, con relación a la de Grote, la más sólida de cuantas se habían escrito hasta esa fecha. Siendo, lo mismo que Fustel de Coulanges, a la vez un sabio eminente y un artista, sin detrimento de la solidez, vistió su obra con una forma tan diáfana y tan viva que el mundo la leyó casi con la misma avidez que la "Historia de Roma", de Mommsen. Hízolo en hora mala. Los eruditos y los sabios que, reunidos, no sabían de Grecia antigua la mitad de lo que él sabía, lo convirtieron en símbolo de la superficialidad. Años más tarde, recordando la carrera de baqueta, escribía, entre resignado e irónico: "El buen sabio alemán no concibe la solidez, si no divisa en la frente las gotas de sudor producidas por el esfuerzo". Y Alemania, Francia e Inglaterra eran los tres grandes focos de la cultura occidental.

Después de estas breves reminiscencias, no necesito explicaros por qué la manifestación con que me honráis excede a lo que tenía el derecho de esperar. Réstame sólo decir por qué la coloco por encima de la favorable acogida que la "Historia de Chile" ha tenido en los lectores y en la crítica nacional y extranjera.

Hay en la "Historia de Chile" dos aspectos de muy diversa índole y trascendencia: una interpretación nueva o vulgar, honda o superficial, de la evolución histórica del pueblo chileno y sus modalidades, dentro del ritmo común a los pueblos hispanoamericanos y de las condiciones, sin precedentes en el pasado, en que esta última viene realizándose; y una tentativa, feliz o fallida, de superación de algunos de los escollos en que han naufragado los esfuerzos por levantar la historia a la altura de las demás ramas de la actividad intelectual.

Como era natural, la atención de los lectores se ha polarizado en el primero, y la de la crítica, en los resultados, sin preocuparse de cómo se alcanzaron. En cambio, para mí, lo fundamental es el

segundo. La interpretación afortunada de la historia de un pueblo, siempre ha sido y continuará siendo meteoro que cruza el firmamento intelectual, sin dejar una cauda duradera; y el más pequeño avance en la teoría de la creación histórica o el más modesto aporte al vencimiento de las dificultades con que tropieza en el mundo de las realizaciones, un peldaño añadido a la escala que conduce al ideal que nos hace señas desde el fondo último de la vida intelectual. Pasaron los tiempos en que las universidades eran el cancerbero del pensamiento tradicional. El ideal que las informa en todos los pueblos libres, es el que ha adoptado por lema la Corporación en cuyo generoso seno nos encontramos y que tan oportunamente acaba de recordar el doctor Louvel: "El desarrollo libre del espíritu humano". Y este ideal se excluye con el abanderizamiento en alguna de las encontradas interpretaciones históricas que luchan por sustituir a la que logró prevalecer por el momento, y que, como corolario del cambio cada día más rápido de todos los elementos de la creación histórica, está condenada a envejecer al día siguiente de triunfar. No necesito, pues, deciros que en ningún momento he dado al homenaje con que me honráis otro alcance que el que tuvisteis en vista al acordarlo por la unanimidad de la Corporación: el generoso reconocimiento de mi tenaz empeño por levantar la historia de la postración en que yace, como consecuencia de un conjunto de factores que no es este el momento de recordar y del arduo trabajo de pensamiento desplegado en la tarea. Y como precisamente es este el aspecto de mi obra que me interesa, el móvil que me empujó a concentrar en un sector del pensamiento la insaciable curiosidad que desde la niñez, actuando como una raqueta, me lanzaba, ora hacia los gabinetes de Física y los Laboratorios de Química, ora hacia las abstracciones matemáticas y los problemas últimos del conocimiento, ora hacia la estética, ora hacia la biología y la psicología, ora hacia la sociología y la historia, me creeréis sincero cuando os digo que coloco el homenaje que me tributáis por encima de los juicios de los críticos españoles, americanos y franceses.

Estos juicios enfocan la historia, y vuestro homenaje, el empeño por levantar nuestra historiografía, si fuera posible, al primer plano en la literatura histórica universal.

Y ya que mi avanzada edad y el compromiso moral de terminar una obra que me vi obligado a aplazar, al advertir que la "Historia de Chile" me iba a exigir diez años más sobre el tiempo calculado, me impedirán rehacer, a la luz de la madurez y de la experiencia, las reflexiones publicadas en 1935, pero que, casi en su totalidad, datan de mi primera juventud, séame permitido insistir en las que han resistido a la ardua prueba de la realización, en un breve testamento intelectual.

Entre los factores que han contribuido al retraso de la historia con respecto a las demás ramas de la actividad intelectual, después del vigoroso desarrollo que tomó en el siglo XIX, quizás el que más ha pesado sea la confusión de la erudición y de la historia. No ha sido posible hacer entender a eruditos e historiadores que sus actividades son a la vez complementarias y excluyentes; que sin erudición no hay historia y que, sin historia, la erudición desaparecería por falta de objeto; pero que hoy día no pueden reunirse en un mismo individuo, sin detrimento de ambas.

En la erudición, o sea la bibliografía, las publicaciones de textos, las colecciones de documentos y las monografías y en la crítica de los materiales, hay campo para muchas generaciones de intelectuales. Ofrece también, al que le cupieron en lote las dotes cerebrales que ella exige y domina la técnica del género en que se especializa, la posibilidad de alcanzar una figuración tan alta y más duradera que la de un historiador genial. Medina ocupa en el firmamento intelectual americano un lugar que no ha alcanzado hasta hoy día ningún historiador; y continuará ocupándolo cuando los máximos historiadores de su generación sólo sean un nombre en la historia literaria. Pero, desde que el investigador invade los dominios de la historia, tiene noventa y nueve probabilidades en ciento de fracasar, y aun de convertirse en el ente ridículo que esculpió la

ironía de Anatole France. Fatalmente derivará hacia un género híbrido, que no es investigación, porque los materiales están estropeados por el autor, ni historia, porque el simple montón de hechos y datos indigeridos es cualquier cosa, menos historia.

Como ya lo advirtió Mommsen, el historiador, lo mismo que el poeta, el novelista, el dramaturgo, el músico y el pintor nace y no se hace. La intuición histórica, o sea la sensibilidad para captar el contenido espiritual de los documentos, la imaginación combinadora que los relaciona entre sí; la poderosa imaginación evocativa que, mediante la simbolización, los transfigura en una imagen fiel y viva de las formas externas del pasado; el poder cerebral que permite internarse en las entrañas de la vida que pasó y captar la génesis y el desarrollo de los sentimientos, los deseos y los impulsos y sus reacciones, condicionadas por los factores eventuales; y la amplitud y la serenidad intelectuales, que el erudito confunde con la inercia cerebral, nacen con el ser, y ninguna gimnasia puede suplir su ausencia.

En seguida se alza el problema del tiempo. La especialización es incompatible con la historia de un pueblo. La escrita por un magistrado, un economista, un político, un maestro, un esteta, un matemático, etc., será siempre una historia desequilibrada. La cooperación de diez o veinte especialistas sólo transformará los desequilibrios en nido de avutarda: la historia, como la vida, es una y sus diversos aspectos están tan íntimamente trabados que no admiten la intromisión de cerebros divergentes. Entretanto, las exigencias de saber en el historiador, desde los días de Ranke y Mommsen, de Macaulay y Carlyle, de Sybel y Treistchkle, de Taine, Sorel y Vandal, han aumentado en tal medida que la vida más larga y laboriosa resulta insuficiente. Si el historiador no recibe del erudito el material listo y vaciado en monografías escritas para ser utilizadas en una historia, cualesquiera que sean sus dotes naturales y su laboriosidad, la obra resultará débil por defectos del material, por estudio insuficiente de él, o por falta de conocimientos.

La historia no subirá un peldaño en la escala ascensional que recorren las demás ramas de la actividad intelectual, mientras el símbolo del alfarero y su arcilla siga cumpliéndose en el erudito; mientras no se convenza de que su labor, tan necesaria y tan digna como la del historiador, no tiene finalidad propia; y cese de inutilizar el material con las magulladuras que le infiere al intentar transformarlo por sí mismo en historia.

No menos adversamente que confusión de los oficios de erudito e historiador, han pesado sobre el progreso de la historiografía los postulados políticos, sociales y económicos; los credos religiosos; los sentimientos nacionales; los espíritus de gremio y de clase; y más adelante, las generalizaciones sociológicas. En vez de objetos de la historia, se los ha convertido en hilos fijos dispuestos de antemano en el telar, entre los cuales la naveta entrecruza las representaciones surgidas de las fuentes. Mientras no se sustituya esta urdimbre por el propio encadenamiento o devenir histórico, la historia no pasará de ser una rama inútil de la actividad intelectual. Repitiendo una vez más la frase lapidaria de Letourneaux: "Las teorías pasan y los hechos quedan".

Desde los tiempos ya lejanos de Scherer, vienen clamando algunos teóricos contra otro extravío que ha culminado en la historiografía hispanoamericana; el reemplazo de la verdad de los actores por nuestra propia verdad. Todo el que ha vivido conscientemente medio siglo, aunque sea un simple hombre de sentido común, sabe que el tiempo borra la fisonomía de los sucesos. Del pasado sólo queda el esqueleto, las fechas, la materialidad de los hechos. La revolución de 1891 estalló el 7 de enero; el Congreso delegó sus poderes en don Waldo Silva, Vicepresidente de la Cámara de Senadores, y en don Ramón Barros Lúco, Presidente de la de Diputados. El ejército del Presidente Balmaceda fué vencido en las batallas de Concón y La Placilla y el ex mandatario se suicidó en la Legación argentina, en la mañana del 19 de septiembre. La carne que lo vis-

tió y el espíritu, o sea las creencias, los sentimientos, los deseos, las pasiones y los ideales que lo animaron, desaparecen sustituidos por las elaboraciones míticas invisibles del subconsciente colectivo y por las rachas ideológicas sentimentales que, emergiendo del fondo del alma humana, interponen una lente de refracción entre el presente y el pasado, que impide ver nada con la fisonomía que realmente tuvo. Un distinguido erudito americano —y cito el caso como muestra de los extravíos a que conducen las incursiones del erudito en los dominios de la historia— acaba de atribuir la revolución de 1891, el trastorno de génesis más netamente ideológica que registra la historia de América, al oro de Mr. North, el rey del salitre. Entretanto lo que nosotros pensamos, cualquiera que sea la amplitud y la profundidad de nuestra visión, no pesó absolutamente en la génesis, el desarrollo y desenlace de los sucesos que enfocamos. Sólo es una lámpara que los ilumina y nos ayuda a comprenderlos. Desde que lo transportamos al pasado que se historia, se convierte en elemento espurio que lo vicia y quita todo valor a la obra, cualquiera que sea la exactitud material de los hechos.

Desde que el núcleo de la historia se desplazó de las espumas brillantes que flotan en la superficie del pasado —los sucesos y los actores— como tramas y los postulados fijos como urdimbre, a las corrientes y torbellinos que se gestan en sus entrañas —los sentimientos, los deseos, las creencias y los impulsos que emergen del subconsciente colectivo por las grietas abiertas por los sacudones del suceder— se definió la vieja disputa sobre si la historia es rama de la ciencia o del arte. Las fuerzas que tejen la historia son rebeldes a la aprehensión racional y a las leyes de la lógica. Sólo la intuición artística puede cogerlas intactas y representarlas al lector. La historia está, pues, abocada al dilema de transformarse, como quería Goethe, en una creación artística con las alas atadas a la realidad, o, como hijo Huizinga en uno de sus últimos escritos, a resignarse a ser una

rama esotérica del pensamiento, reducida a un corto número de cultores y situada al margen del torrente de la vida.

Pasando a la forma, nunca se llevará demasiado lejos el estudio del material; debemos agotar las fuentes, aunque sólo utilicemos el uno o el medio por ciento de su contenido. Pero las huellas del esfuerzo no deben asomar a la superficie de la historia. Las citas de las fuentes y la crítica del material, esenciales en la investigación, asesinan la historia.

No hay error mayor que el de simular imparcialidad, o, como solemos decir, objetivismo, mediante la falsificación gris de la historia. En primer lugar, sacrificamos la realidad —porque la vida pasada, como la actual, fué todo menos gris— a una quimera. Para que la imparcialidad o el objetivismo fueran posibles, sería necesario que pudiéramos pensar sin la intervención del cerebro humano. En seguida, al añadir el desvanecimiento espontáneo del pasado por el correr del tiempo, la penumbra emanada del cerebro del historiador, dejamos al margen de la historia al noventa por ciento de los lectores. El norte del arduo problema de la forma, es precisamente el opuesto; resucitar lo más fielmente posible la vida que animó al pasado y destacarla con fuerza y colorido para que el lector pueda percibirla. Ni la amplitud y serenidad intelectuales se excluyen con la fuerza y el hervor de vida, ni la estrechez mental y los fanatismos con la frialdad y la pesadez de la forma. “El que ve claro y hondo no teme a la luz del mediodía; el que sólo vislumbra entre brumas espesas los contornos indecisos de los hombres, de las cosas y de los sucesos, lo mismo que el mochuelo, instintivamente se refugia en la penumbra del atardecer”. El que ama la verdad no teme a la antipatía que los pueblos y los hombres sienten por la exhibición desnuda de su pasado, ni se rebaja a exaltar artificialmente sus grandezas ni a tender un velo sobre sus miserias.

Señoras y señores:

Pensador solitario y poco familiarizado con las prácticas de la

vida literaria, no os extrañará que los generosos elogios que los Decanos de las Facultades de Odontología y Leyes, los distinguidos profesores René Louvel y Rolando Merino han tributado a la "Historia de Chile", me coloquen en una situación difícil. Aceptarlos sin reservas, sería una claudicación, un atentado contra mi propio juicio; y las reservas se me representan como una descortesía, casi como una ofensa a su sinceridad. Buscando una salida a este conflicto, os insinúo una transacción. Convengamos en que hay en la obra elogiada algunos puntos de vista nuevos, sobre aspectos de la singularísima evolución social de los pueblos hispanoamericanos, que hasta hoy día habían pasado inadvertidos, y tentativas, en parte fallidas y en parte logradas a medias, de innovación en la concepción de la historia y en su técnica. Y ya de acuerdo, dignaos aceptar mi profundo reconocimiento a la Universidad de Concepción, a su egregio Rector, a sus eminentes voceros, a cada uno de sus miembros y a las distinguidas damas y caballeros que han querido realzar con su presencia esta manifestación, tan superior a los merecimientos de la obra que la motiva.

Y antes de terminar, permitidme rendir el tributo de mi admiración a vuestra Universidad, que "en sus 32 años de existencia, después de haber nacido en cuna humilde, por el trabajo y el tesón de hombres visionarios y admirables que la forjaron de la nada —sólo con su entusiasmo y su acción— no sólo se ha ido poco a poco incrustando en la vida cultural de la patria", como acaba de decir el doctor Louvel, sino también, salvando la frontera, ha llegado a ser un foco intelectual que irradia luz propia de un confín a otro de América; y transfigurado a Concepción, de la capital militar del Reino, que fué en otro tiempo, del más distinguido núcleo social del Centro sur, que fué y sigue siendo, en la metrópoli espiritual de la más bella mitad de Chile y la de mayor porvenir estable.

Permitidme, todavía, que separe artificialmente al creador de su creación, para rendir el tributo de mi admiración y de mi vieja amis-

tad a su Rector, Enrique Molina, el más alto exponente del moderno profesorado chileno, una de las grandes cumbres del pensamiento hispanoamericano, y el más elevado símbolo vivo de fecunda e infatigable laboriosidad y de una vida noblemente vivida; para lamentar el ligero accidente que le ha privado de la satisfacción de realzar este acto con su presencia; y para unir mis votos a los vuestros por su pronto y definitivo restablecimiento.

He dicho.

EN la noche del mismo día jueves 14, en los salones del Club Concepción, el Directorio y Consejo Universitario, ofrecieron una comida a don Francisco Encina, que en esta ocasión fué saludado en breves y hermosas palabras del Secretario de la Universidad don Avellino León Hurtado, que contestó el festejado en vibrantes palabras de reconocimiento.

Las radioemisoras y la prensa local contribuyeron a darle mayor relieve a estas fiestas. El historiador se vió asediado por reporteros y delegaciones de las ciudades vecinas que deseaban asociarse a estos homenajes, evidenciando de este modo la enorme trascendencia que la obra de Encina ha alcanzado en todos los sectores de la vida nacional.

Especialmente invitados por la Universidad, concurrieron a estas fiestas el novelista don Luis Durand y el editor don Carlos George Nascimento quién fué muy felicitado, por el aporte y el entusiasmo con que ha contribuído a la excelente y correcta edición, así como a la divulgación de la "Historia de Chile".

La Universidad de Concepción ha incorporado de este modo, un nuevo y fuerte eslabón, a la cadena de acontecimientos que la vinculan a las más altas manifestaciones de la cultura chilena.

Damos a continuación las palabras del señor Secretario de la Universidad.

Don Francisco Encina, estimados amigos Durand y Nascimento, compañeros del Directorio y del Consejo.

Después de la magnífica jornada de esta tarde, los Cuerpos Directivos de la Universidad se reúnen alrededor de esta mesa en un más íntimo testimonio de adhesión y simpatía hacia nuestro huésped ilustre.

Los profesores Louvel y Merino han hecho ya el elogio de la nueva "Historia de Chile" que las generaciones actuales y futuras deben a la inteligencia brillante y al incomparable espíritu de trabajo y sacrificio de don Francisco Antonio Encina. A través de una veintena de volúmenes corre la vida de este pequeño país, grande en tantos conceptos que se destacan en la obra con ponderado criterio.

La historia nos enseña a esforzarnos para corregir errores y para encauzar nuestros desvelos en aras de una Patria mejor. Sólo mirando al pasado se puede conocer nuestro destino, porque "nunca nada será, que no haya sido". Agradecemosle, pues, a don Francisco Antonio Encina esta nueva y clara visión que nos ha dado de nuestra historia en su obra extraordinaria, seria y sobre todo renovadora en muchos aspectos y matices.

Nuestra Universidad atenta siempre a exaltar los valores del arte y de la ciencia, grabó hoy en una medalla de oro el nombre de don Francisco que se destaca en este siglo como el primer cultor de nuestra literatura histórica. Y si ese enjuiciamiento histórico de muchos sucesos puede, a veces discutirse, nadie negará la macicez de

la obra que ha adquirido ya una consagración permanente y definitiva.

Finalmente, en nombre de la Universidad, le agradecemos también el sacrificio que le ha significado llegar hasta nosotros para darnos la oportunidad de exteriorizarle estos sentimientos de admiración.

Yo os invito a brindar por la ventura personal de don Francisco y de los suyos, y porque su labor creadora se prolongue por largos años para bien de nuestra Patria.